

LOS TRES REGISTROS DEL TRABAJO SOCIAL

Traducción libre del texto de Michel Autes

Dejando un poco atrás la lógica de las profesiones y de los oficios, de las calificaciones y de las competencias, teniendo por adquirida la lectura del trabajo social como doble y paradójico, quisiéramos ahora comenzar una lectura para darnos cuenta del modo operatorio de las prácticas. ¿Qué hace el trabajo social? ¿Cómo se trata? ¿Cómo opera? Nos centramos entonces en la práctica, dejando de lado las finalidades y los objetivos sociales que hasta aquí han guiado la lectura y la interpretación. Es un regreso a lo cotidiano.

Se organiza en torno a los tres registros. Primero el trabajo social es una práctica simbólica, y su eficacia es de naturaleza simbólica. Luego, el trabajo social incluye una dimensión ética en el horizonte de sus operaciones instrumentales. Finalmente, el relieve de una lógica de la experiencia.

Las prácticas simbólicas

Es preciso entender primero la connotación de simbólico. Tratándose del trabajo social, cabe notar que sus actividades primero son del registro del decir y de la palabra. Hablar, responder, negociar, comunicar, intercambiar: los actos de trabajo no son solamente el lenguaje como herramienta principal, pero están completamente inscritos dentro del lenguaje. Y se hace notar más donde el trabajo social es confrontado a la falla del lenguaje o a la ausencia del lenguaje: su acción es entonces enteramente volcada sobre estas fallas o sobre esta ausencia. Así como se es particularmente con el campo de la psicosis. Pero más allá de este límite, es siempre sobre la capacidad de expresión y de los grupos que el trabajo social agita.

La elección del término para calificar el trabajo social quiere dar cuenta de esta dimensión esencial de inscripción del hacer en el lenguaje.

En general el uso del término simbólico dentro de las ciencias sociales tiene tres sentidos diferentes³.

2. Esas técnicas de la orden de ser uno mismo, a las ordenes de uno, toman una extensión importante dentro de la sociedad actual del hecho de que aumenta el individualismo. Alain Ehrenberg ve una prolongación dentro de la sociedad ordinaria de las técnicas de la asistencia al lugar de los marginales. "La individualización en incremento llama a la asistencia, y no existe ninguna oposición de principio entre las dos. La vida social actual en efecto exige que el individuo previsto de iniciativa, se haga responsable y trabaje sus apariencias corporales y psicológicas dentro de un mundo de movilidad permanente donde el futuro profesional, amoroso y familiar es inestable" (El individuo incierto. Paris Pluriel, 1966. p.194). Así como también la orden de ser normal que revela a los autores de La Sociedad psiquiátrica avanzada. El Modelo americano. Paris, Grasset, 1979, por los años 1970 (Françoise Castel, Robert Castel, Anne Lowel). Ha retornado con los años sobre el estado de dichas técnicas mencionadas "La ambigüedad demora toda vez sobre el estatuto de dichas técnicas "de ausencia" que no reconocen más que la parte de control ejercido en los individuos. Lo que confirma que la frontera entre asistencia y emancipación demora incierta, y la emancipación puede volver atrás controlando desde el momento en que ésta se vuelva un modo ordinario de estar en la sociedad.

3. Ver Michel Autés, "Del trabajo social como actividad simbólica" en Didier Le Gall, saberes, Caen, CRTS, 1894, pp.35-50

Un primer sentido designa como simbólico a lo que es significativo, individual. En este sentido, una cosa es "simbólica" cuando es particularmente representativa de un conjunto o de una clase. Se habla también de un acto, de un gesto "simbólico" queriendo designar por éste un acto o un gesto particularmente emblemático. Del mismo modo, podemos aplicar esta manera de nombrar a las cosas, los lugares, los seres, etc.

Un segundo sentido guarda al simbólico todo lo que se opone a lo real. Lo que es simbólico es inconstante, erróneo, entiéndase insignificante. En este sentido, un acto "simbólico" es un acto que no cuenta para nada, que hace semejanza, que niega de ser inscrito dentro de lo real, que es un simulacro.

Los dos primeros sentidos, aunque son opuestos uno del otro, uno designando lo que es particularmente significativo, el otro lo que es particularmente insignificante, participan del mismo punto de vista en el cual es simbólico todo aquello que es el índice del sentido, de un acto, de una cosa, de un comportamiento... Lo que es simbólico, es aquello que es "en el lugar de" marcado por una ausencia¹.

En un tercer sentido, es simbólico todo lo que se opone a lo material. Así como, las obras culturales, los productos del pensamiento, son simbólicos. Esta es la definición del mundo subjetivo, en oposición al mundo objetivo, como lo define, por ejemplo, K. Popper. Podemos darle mas o menos importancia según el tipo de teoría en la cual uno se sitúa. Dentro de las teorías que explican toda casualidad por el juego de la fuerza y de los intereses materiales, como, por ejemplo, la teoría de la determinación "en última instancia" por la economía, el simbólico es el reflejo, comúnmente mentiroso, de una realidad que mora escondida, travesti. Así como, las teorías de la ideología que hacen de ésta el reflejo puro de los reportes de fuerza y de poder determinado por las luchas económicas son muy representativas de esta concepción del simbólico.

Por el contrario, otras teorías darán al simbólico un lugar de primera categoría dentro de los factores explicativos de la realidad. Así como, las formas simbólicas que organizan el mundo, las culturas, los valores, pueden vuelta a vuelta jugar el papel de principio explicativo.

Aquí también, el sentido del simbólico va a estar construido a la oposición, pero sobre un mismo eje que pone el lenguaje en exterioridad, en relación a la realidad humana. Tanto éste no explica nada, por el contrario es destructivo, quiere atravesar, para esperar la realidad de los hechos, como tanto este es constructivo de la realidad de los hechos en los cuales el explica las razones volviéndola en una hermenéutica.

¹ es necesario recordar aquí, la forma en que S. Freud marca las premisas de la función simbólica dentro del juego del niño con la bobina que el esconde y hace aparecer nuevamente pronunciando sucesivamente las palabras "fuerte", "da", para simbolizar así también la ausencia y la presencia de la mamá. Este ejemplo golpea particularmente para llagar a que punto de la capacidad simbólica, el acceso a la palabra, y al mismo tiempo acción. Capacidad estratégica de hacer en el mundo.

Esta no es la manera como entendemos aquí el simbólico. El simbólico permanece siendo como un dominio a construir dentro del campo de la ciencia del hombre y de la sociedad¹. Quisiéramos hacer aquí una contribución a esta construcción mostrando como el simbólico puede ser una manera de explicar y de comprender la eficiencia propia de las prácticas del trabajo social. Es decir el tipo de eficacia que vuelve las palabras operantes. Recordamos el ejemplo paradigmático de Claude Lévi Strauss² que muestra como, durante un parto difícil, las palabras del shaman los cuales durante un rito colectivo retraducen lo que pasa dentro del cuerpo de la parturienta en el lenguaje mitológico del grupo son los operadores del suceso de la terapéutica. Claude Lévi Strauss en tire conclusiones en cuanto a la oposición de los ritos shamánticos que son de un uso público y colectivo del lenguaje, en relación a la civilización occidental que, con el psicoanálisis, guarde sus usos al coloquio singular.

De aquí parte nuestra observación sobre el trabajo social como actividad simbólica. Poner palabras en lo real, y que mas y una vez que sea a partir de la expresión, posible o no, de un sufrimiento, no es ni neutro ni banal.

Recordar las diferentes problemáticas de lo social a través de sus objetos –la a-socialización, la inadaptación, el handicap, la pobreza, la exclusión–, que nosotros hemos retomado dentro de sus genealogía histórica, no es mas que la parte socializada de esta puesta en palabras, aquí mas bien en representaciones. Representar , es presentar de nuevo, es fabricar lo representable a partir de aquello que no lo es, que no es presentable, y abrir no solamente un espacio del sentido si no también un espacio de acción.

El trabajo social tiene relación con aquello que no es presentable. Y ejerce un rol de puesta en representación. Y este rol, no solo lo ejerce del lado de la sociedad -generar, controlar...- si no también del lado de los individuos trabajando su identidad, su inserción dentro de la sociedad –generar, controlar o emancipar. Entre ambos y doble acción una vez mas se mezclan.

Por consiguiente, decir que el trabajo social es una actividad simbólica, no es ni enviarlo a lo insignificativo, ni a una esfera particular de la actividad social, ni ponerlo en una posición superior de aquello que produce las representaciones que hacen girar el mundo.

1. Como lo hace notar Blaise Ollivier en un libro reciente, el Actor y el Sujeto, Contra un nuevo actor económico. Paris, Desclée de Brouver, 1966,p. 405 sqq.

2. Claude Lévi Strauss, "La eficacia simbólica", Antropología estructural, Paris, Plon. 1958.pp.205-206

Sin embargo las tres representaciones del simbólico que acabamos de recordar no son suficientes para darse cuenta de que aquello que esta verdaderamente en juego cuando se utiliza esta noción.

Lo que está en juego es en relación con los cuatro dominios que son aquellos de la subjetividad, de la identidad, de la palabra y del lien¹. A través de estos cuatro registros, nos referimos entonces a una concepción del simbólico en lo que éste cierra un aspecto fundamental de la condición humana, es decir de ser asignada a la orden del lenguaje. No humano sin lenguaje.

El subjetivismo, la formación del sujeto, se opera dentro de un universo de lenguaje, que es primero la asignación de lugar², luego acceso a la capacidad de enunciación formatriz de la función del yo.

La producción de la identidad se opera con la crecida del subjetivismo y de la socialización que inscribe al sujeto dentro de un sistema de relaciones.

El acceso a la palabra, a la capacidad de enunciación, producto de la existencia social en tanto que ella abre al mismo tiempo una capacidad de acción dentro del mundo social.

La unión social expresa sus procesos de subjetivismo y de socialización, donde realidad social y realidad individual no son separados, ni reunidos, pero producidos en conjunto, al mismo tiempo. La unión social no es tomada aquí en su sentido de sociabilidad o de relaciones sociales, primarias o secundarias, pero sí designa este proceso de formación a la vez de subjetividad y de socialización.

El psicoanálisis da cuenta dentro del análisis del inconsciente apoyado sobre el lenguaje³. La sociología ha buscado dar cuenta a través de las tentativas de conceptualización, o de la epistémia, pero en remarcando siempre sobre una presuposición epistemológica de la exterioridad del lenguaje que viene a dar sentido a una realidad social ya creada⁴. Es esta imposibilidad lo que la noción de simbólico debe permitir de pensar.

1. Habría mucho que decir – nos los reservamos para otro lugar – en el “regreso” dentro de la sociología contemporánea del actor y del sujeto. La sociología se utilizó tanto en su construcción disciplinaria de mantenerse a distancia de las disciplinas psicológicas que el sociólogo “descubriendo” hoy en día el sujeto y el actor es un poco como el pato que viene de encontrar una estampilla. Entre los años 1960-1970, había un pensamiento con respecto a estos reportes. Una relectura de la sociología a la luz de su reporte a esta pregunta sería hoy bastante útil.

2. Pierre Legendre, El inestimable propósito de la transmisión. Estudio sobre el principio genealógico en Occidente, Paris, Fayard, 1985.

3. “El inconsciente es esa parte concreta del discurso en tanto que trans-individual, que crea falla en la disposición del sujeto para reestablecer la continuidad de su discurso conciente” Jacques Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis”, Escritos, Paris, Le Seuil, 1966, p.258

4. Con su idea de la obligación social, como obligación exterior interiorizada, Durkheim enunciaba ya esta idea, que él continuaba en su concepción de las representaciones sociales de lo sagrado.

Subjetividad, identidad, palabra, unión social : el trabajo social los vuelve a unir por le pequeño extremo. El los ve por la falla, la falencia, la falta. De no del todo sujetos, de identidades inciertas, de palabras inaudibles o faltantes, una unión social en ruptura : se podrían volver a tomar una a una las figuras concretas que encuentra el trabajador social, del niño autista al joven de las poblaciones, del handicap físico al pobre, todas ellas tienen la marca de una falla, de un proceso no resuelto, desordenado de eventos no atendidos, de alguna cosa que no tiene precio, que no tiene su lugar, y que sufre, pero que al mismo tiempo molesta.

Es este punto, el punto ciego, pero que es también el travesaño, el punto de Arquímedes del trabajo social. Es ahí donde opera. El retomar, el entremezcla los sujetos y lo social, el transige, temporiza, organiza transiciones imposibles. Arte de hacer, nobleza del oficio, habilidad del artesano : pero ningún enunciado puede decir lo que esta en juego. El entre-dos no es un lugar.

Un reporte a la ética

El trabajo social no está solamente ligado en una racionalidad de tipo instrumental, es decir aquella que rige la adecuación de los medios a los fines. Primero por que los fines no son unívocos pero resultan de un conjunto de reportes de fuerza entre los actores y de la negociación permanente de esos diferentes puntos de vista. De donde resulta la dificultad del pasaje entre los fines heterogéneos y los objetivos que se esperan. Este resulta una incertidumbre que vuelve inadecuada la definición del trabajo social dentro de una lógica instrumental. Pero la in-certitud sobre los fines no es la razón principal de esta insuficiencia de la razón instrumental (o estratégica) para dar cuenta de la eficacia del trabajo social.

En efecto, la característica del trabajo social dentro de la sociedad salarial es estar comprometida dentro de una lógica de derecho. El acceso a los derechos, el respeto del derecho, la adaptación del derecho a las situaciones particulares, son de corazón las prácticas de los trabajadores sociales. Pero esta aplicación, o adaptación del derecho, a las situaciones individuales, se opera en función de las tomas de posición, no solamente sobre lo que esta conforme – al derecho y, por demás, a las normas – pero también sobre aquello que es justo. Por consiguiente, el trabajador social no determina su acción solamente en función de los criterios de eficacia técnica, pero si a la mirada de las apreciaciones éticas.

Por otro lado, esta práctica se lleva a cabo constantemente en situación, dentro de los sistemas de interacción, por una parte con las personas, por otra parte con las instituciones. Entre ambos, como lo enuncia sistemáticamente el trabajo social que habla de su práctica – hacer sobre las consecuencias o hacer sobre las causas – y como nos gustaría establecer aquí que se trata de una construcción estructural del trabajo social, y no de una imperfección, por consiguiente no se comprende mas que si se mira desde ambos lados.

Es decir que en estas situaciones, el trabajador social se compromete personalmente. En el reencuentro de los límites de la subjetividad, es su propia subjetividad la que está puesta en cuestión. Dentro de su confrontación con los límites del derecho, es su propia relación con la norma la que es cuestionada.

El trabajo social es un acto, es decir una situación que compromete. Y es en este punto que el comportamiento una dimensión profundamente ética, esa que Michel Foucault definía como "el reporte a uno"¹. Con esta consecuencia que no tiene perfección en el acto², ni tampoco que no tiene medida, salvo a referirse a la "prudencia" aquella que se enuncia desde la ética aristoteliana.

Entre "las gentes" su sufrimiento, las diversas y múltiples caras de su inadaptación – a las reglas sociales, a las normas, a las leyes, a la Ley³ – y el orden que enuncia las reglas, las normas, las leyes y la ley, el trabajador social no puede más que volver a ubicarse que en sí mismo.

Por lo tanto comprendemos el esfuerzo renovado sin descanso para producir una deontología que constituye una protección en relación a esta peligrosa exposición. El secreto profesional tiene esta esencial función de proteger de la obligación de decir lo que es inpronunciable⁴. A partir de esto, por supuesto, existen múltiples montajes para escapar de la inconformidad del acto. Pero no se puede exigir de ser a cada instante el oficio de Antígona. Sin embargo, en nombre de estas ortopedias visibles, no se puede esconder esta dimensión esencialmente trágica del trabajo social. Es cierto que el trabajo social es un poco como lo fue hace un tiempo la catedral de Estrasburgo : los pilares disimulaban el edificio⁵.

Pero si nos interesamos solo en los pilares, terminamos por perder el sentido de la religión. Es un poco lo que hacen las teorías que persisten en no ver el trabajo social que bajo sus aspectos de gestión de asistencia y de ambulancia de la sociedad salarial consagrada al progreso. El trabajo social no está sistemáticamente del lado de Créon. La referencia en Antígona es aquí particularmente tópica de la posición del trabajo social dentro de su dimensión ética.

1. Michel Foucault, Historia de la sexualidad, III, El éxito de uno, Paris, Gallimard, 1984

2. François Wall, "que no tiene nada de mejor en el acto", La Teoría y el saber en el acto del practicante, pp. 119-152.

3. Aquella del orden simbólico que dicta lo humano al lenguaje para producir la subjetividad.

4. Michel Autés, "La deontología donde la ética pierde su trabajo social", Ética y Social, Cuadernos de la búsqueda sobre el trabajo social, Caen, nº 12, 1987, pp. 11-27

5. La metáfora es retomada por Jacques Lacan

Que es que la justa entrada de las leyes de la cité y las leyes divinas, ambas dos rechazadas por esta posición de Antígona, esta "víctima tan terriblemente voluntaria¹"? Es una experiencia del límite, de entre ambas. Antígona, es uno a la vez " el niño" o el "meteco"

Esta dimensión ética expresa a la vez el lado del compromiso que esta en juego dentro del acto del trabajo social, y el costado inefable, indecible, a veces estigmatizado, entiéndase burlesco, del trabajador social en relación a la enunciación de su práctica. "El silencio es la firma de la ética, este territorio del secreto donde la peor obstinación se llama disparate"³

Lo que se prueba en esta confrontación repetida hasta los límites y hasta los bordes del social y de lo humano, en efecto, no demuestra la lógica de la prueba.

Una situación de experiencia

Es lo que se traduce como el tercer registro del social : es antes que nada una experiencia, una situación inscrita siempre en el evento, aquí y ahora. No es la aplicación de técnicas resultadas de un saber de situaciones siempre idénticas. Es a cada vez, una experiencia que recomienza, dentro de otro contexto, con otras circunstancias, en sistemas de interacción cada vez marcados con particularidades propias de las personas : la acción del trabajo social es idiosincrásica. No es que las técnicas sean inútiles, por el contrario ellas son los pilares . Es lo que hace por otro lado que las técnicas sean mas bien pretextos, y que ellas sean a priori todas buenas, ya que lo esencial de la eficacia no está en juego dentro de la técnica.

Nota finalmente banal que parte de la constatación que todos los oficios que incluyen una relación humana - Freud citaba la pedagogía, la medicina, la política - son oficios "imposibles". Es decir que su eficacia tenía problemas para medirse con resultados que pudieran calcularse. Lo que vuelve a la dimensión propiamente simbólica de esas prácticas. Y que hace eco a la dimensión inevitable del compromiso de uno mismo. Los oficios de la relación, que corresponden en parte a al relación de servicio⁴, pero solamente en parte, dentro de la medida donde el propósito de la transacción lleva sobre la persona misma, sobre su relación con la sociedad, su relación con el mundo.

1. Jacques Lacan. La ética del psicoanálisis, Seminario, Libro VII (1959-1960), Paris, Le Seuil, 1986,p. 290

2. Georges Steiner, Los Antígonas, trad. Fr., Paris, Gallimard, 1986. Edición original, Oxford, Clarendon Press, 1984.

3. Régis Debray, Crítica de la razón política o el inconsciente religioso, Paris Gallimard, 1981,p. 73.

4. Erwing Goffman, Asilos. Estudios sobre la condición de los males mentales, trad. Fr., Paris, Minuit, 1968; ed. original, New York, Anchor Books, 1961. Ver p. 377 sqq.

Por consiguiente es un dominio de acción o de hacer, donde todo es siempre volver a hacer, a retomar, a recomenzar. Al sentido donde nunca es dos veces la misma cosa.

Se puede hacer aquí la analogía con la política, en tanto que ella también es siempre un trabajo a retomar, a continuar. Régis Debray ponía en relación este aspecto con la mitología y el erotismo, dentro de un pasaje muy esclarecedor:

"Cada momento de la historia política de las sociedades es un grado cero; cada generación vuelve a tomar el hilo desde su inicio. Ella repite al mismo tiempo que inventa - las histerias de identificación, alucinaciones colectivas, esquizofrenia sectarias, paranoias de defensa, delirios de interpretación, etc. Y como el adolescente aprenderá a hacer el amor sin aprenderlo de nadie, pero sin hacerlo "mejor" que sus abuelos, cada época social inventa nuevamente la política como si ella no hubiera nunca existido, y es aquella de siempre, fundamentalmente problemática. La doble afinidad de poder con la mitología y el erotismo, no viene ella precisamente de aquello que el tiempo del mito y aquel del Eros participan de la misma estructura de repetición¹?

De este modo, el trabajo social, como la política, inventa, recomienza a cada vez que comienza. No podemos más que retomar aquí la frase de François Wahl ya citada: "No hay mejor en el acto"

El saber movilizado, la experiencia acumulada, pueden servir de marca dentro de la política - dentro de la terapéutica, dentro de la pedagogía, dentro del trabajo social. Ellos no garantizan ningún progreso en el acto, una vez hecha la parte de aquello que permite, netamente para aquello que concierne el dominio del cuidado². Siendo esta parte mucho más reducida para las prácticas políticas, pedagógicas (por ejemplo, el uso de la informática) o del trabajo social.

Dentro del trabajo social, el saber es siempre un saber local, localizado. No es un saber sobre la delincuencia en general, o la inmigración en general, o el lugar de la mujer en la sociedad en general, etc., pero es siempre un saber sobre las situaciones localizadas, inscritas sobre un territorio, encarnados en las personas: los conflictos entre grupos sociales de tal barrio, las hijas nacidas de la inmigración de tal o cual población, etc.

1. Régis Debray, op. cit. 1981, p. 58

2. Dominio donde se puede remarcar más la tecnización de los cuidados de la gente, mas la dimensión relacional del riesgo de empobrecer.

De esto se sigue que la lógica de acción¹ está siempre ligada a sus circunstancias. De donde la dificultad de la transferencia de técnicas : lo que ha resultado en alguna parte no forzosamente funcionará en otro lugar. Es necesario que la situación sea investida, que obligaciones preliminares sean establecidas, que los modos de acercamiento se adapten a los lugares, a las personas, a las características locales. Nada está desde el principio ya adquirido. Se puede inspirarse en la experiencia de otros, de sus propias experiencias anteriores, pero eso no justificara el no establecer todos los preliminares, ni garantizará el éxito.

La lógica del trabajo social es también una lógica de partes. No son ni programables, ni transferibles, ni se institucionalizan. Pero una vez que ellas han sido jugadas, nada es como antes dentro de la situación en donde se serán producidas. Estamos aquí dentro de un registro de lo efímero, de lo frágil.

La consecuencia de esta inscripción del trabajo social aquí y ahora es que no se puede rendir cuenta mas que por escrito. El trabajo social se cuenta. Por que en cada vez las circunstancias , los modos de hacer han sido diferentes, específicos, marcados por el tiempo, los lugares y las personas. Se puede rendir cuenta de la acción del trabajo social a través de metodologías que restituirán la parte del pilar técnico. Pero lo que se juega, aquello que se produce, las transformaciones de las situaciones de las personas, de las instituciones, escapará siempre por lo esencial a este tipo de enunciado. El sentido de la acción pertenece a cada situación y sólo una narración puede restituir todas las dimensiones. El discurso del método para demostrar la teoría de la acción indecible o explícita. En cuanto a los sentidos de la acción, a sus resultados, a las modificaciones que ella introduce dentro de la realidad, para todo lo que revela la dimensión del acto, estos no pertenecerán mas que en la recitación histórica de la acción².

La ingeniería social se apoya sobre protocolos tecnológicos, pero el trabajo social se narra.

Insistiendo sobre este triple registro del trabajo social - simbólico, ético, experiencial³ - para dar cuenta de su eficacia, y responder a la pregunta en suspenso de "para que sirve?", no se ha desarrollado mas que una visión parcial del trabajo social. Esta triple dimensión entonces no se aplicará mas que al costado de la intervención de lo social, a su lógica de proyecto, y no a su lado gestión, a su lógica de programa.

1. Se llama acto al compromiso de la persona, el acto puesto en un momento (por alguien, por una institución...), el hecho, la decisión que modifica toda una situación. Después del acto, las cosas, las gentes no son más como antes. La acción corresponde a las secuencias de actos agenciados dentro de las estrategias que los organizan, los finalizan. Dentro del trabajo social, las teorías de la acción son bastante seguidas implícitas. El hacer corresponde a los modelos de acción situados en relación a las totalidades, referenciales o sociales. Se emplea aquí este último término en el sentido de Jürgen Habermas.

2. Paul Ricoeur, *Tiempos y Recitaciones*, Paris, Le Seuil, 1983, 1984, 1985, tres tomos.

3. Neologismo necesario para marcar la diferencia entre la lógica experimental de la cual justamente el trabajo social se diferencia.

A esta pregunta, hay que responder parcialmente que si, por que es esencialmente dentro de esta dimensión del proyecto que este modo de acción y de eficacia es visible. Pero parcialmente si, por que estos están igualmente visibles dentro de todos los dispositivos del trabajo social, incluidos una vez que se inscriben en lógicas de gestión puras y en el programa. Se encuentran en la aproximación al niño sicótico dentro de las instituciones y no solamente con aquellos que son inscritos en una lógica alternativa en una hospitalización psiquiátrica. Se encuentra en la relación del educador de Aemo con las familias y jóvenes en el marco de su ejercicio de su mandato judicial. Se encuentra también dentro de la permanencia de la asistencia social confrontada a la complejidad de las situaciones. Y podríamos continuar enumerando todas las funciones, todos los dispositivos en los cuales se realizan trabajos sociales. Se encontrarán nuevamente a cada vez esta situación de ser entre dos, de desarrollar una doble lógica dentro del triple registro del simbólico, de la ética y de la experiencia. No se puede comprender el trabajo social de un solo lado. Sin ver por ejemplo, dentro de la dimensión simbólica, que los efectos de estigmatización y de clasificación, y sus consecuencias sobre los estados de los individuos tomados dentro de las lógicas asistenciales. O sin ver dentro de la dimensión ética que las funciones de control, de aceptación y de obediencia a una lógica dominante y a la imposición de normas. O no comprendiendo la dimensión de la experiencia que como una violencia de institución hecha a las situaciones y a los individuos. En efecto estos aspectos existen, pero no hay un rincón del trabajo social donde se encontraría también la dimensión simbólica de acceso a la identidad y a la palabra de individuos puestas a la distancia, la dimensión ética del respeto de las personas en unión con la idea de justicia y de dignidad, o la dimensión de experiencia que se crea de lo social y que transforma la realidad.

Es esta la globalidad que produce la eficacia simbólica. Es la inteligencia práctica, es decir tal que ella existe dentro de toda práctica social, pero que se encuentra como exacerbada dentro del trabajo social puesto que está en totalidad inscrito dentro de lo social : lo lleva lo social, sobre la unión de los individuos con lo social. Pero de una inscripción totalmente particular puesto que está siempre en el límite, sobre los bordes, para hacer o decir la división entre lo que es social o lo que no lo es, lo que es normal o no, admisible o no, justo o no, pero al mismo tiempo, hacerse es siempre incierto, y decirse siempre imposible.

Se vuelve aquí sobre el hecho de que la característica del trabajo social : no tiene un lugar propio, resiste a la institucionalización, está del lado de la inteligencia práctica. Es lo que Michel de Certeau, tomando de los análisis